

CONVERTIRNOS EN HACEDORES DE LA VERDADERA PAZ

(Evangelio de Juan 14, 23-29)

Estamos en la 6ª Semana de Resurrección y la Liturgia nos invita a dejarnos guiar por el Espíritu Santo para que podamos convertirnos en morada de Dios, en hacedores de convivencia, de justicia y de paz: Esto es ser adultos en la fe.

El evangelio de Juan (14, 23-29) nos muestra cuatro aspectos centrales para vivir y actuar como lo hizo Jesús: 1º) El amor se concreta en el cumplimiento de la Palabra de Dios. 2º) La actuación del Espíritu Santo nos muestra el hacia dónde de nuestras vidas. 3º) La amistad con Dios surge a partir de la vivencia auténtica de la paz. Y 4º) la alegría profunda brota de una vida que supera la dependencia porque se vive la libertad.

Somos morada de Dios. Un regalo especial que nada ni nadie podrá quitarnos. Pero esta gracia crecerá sobre la base del amor a Jesús y el cumplimiento de su Palabra. Es decir, si permitimos que la Palabra de Dios haga crecer nuestra humanidad, manifestándonos profundamente hermanos de los demás. **Seremos realmente templo de Dios si transformamos la deshumanización que nos devora por dentro.**

El Espíritu Santo nos enseñará todas las cosas. Para vivir como hermanos contamos con la luz y guía del Espíritu Santo, quien nos coloca ante el aquí y el ahora de nuestro mundo, mostrándonos el desde dónde y el hacia dónde de lo que hacemos. Un aquí y ahora del mundo que ha de ser interpretado desde el modo humanizador que vivió Jesús. **Quien quiera ser guiado por el Espíritu ha de abrirse a la bondad y a la verdad.**

La paz que da Dios no es como la da el mundo. Nuestra paz es la de Jesús. Existen muchos tipos de paz. Es mezquina aquella paz que sólo busca la tranquilidad individual, que está centrada en el puro triunfo personal y que se alimenta de la satisfacción de los que son afines. La paz de Dios es audaz porque no se queda tranquila hasta lograr que todos los hombres y mujeres puedan vivir con dignidad y con alegría. **La auténtica paz se construye sobre la base de la justicia y la fraternidad.**

Si me aman, se alegrarán de que me vaya. Dios nos ha creado libres y creadores. Las personas no alcanzamos madurez viviendo una dependencia infantil. Apegarnos inmaduramente a nuestros papás, a las personas, a la autoridad o a ideologías, no produce felicidad. Jesús no quiere que vivamos dependientes, ni miedosos, ni serviles. **El que crece en la libertad actúa movido por la autonomía y convicción que brotan de la madurez.**

En toda su crudeza, este Evangelio nos está invitando a vivir como Jesús, es decir, habitados por Dios, para que esta presencia divina se manifieste en un estilo de vida personal y colectiva que crece en libertad y autonomía a través de actitudes concretas de fraternidad, justicia y solidaridad.

Que tengamos la audacia de abrirnos al Espíritu Santo nos convierta en hombres y mujeres de fe, de esperanza, de caridad, para que podamos erradicar la maldad, la corrupción y la impiedad, y así nos convirtamos en hacedores de paz.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

NOS CREAMOS PARA TI

Hay aquí un hombre que te quiere alabar. Un hombre que es parte de tu creación y que, como todos, lleva siempre consigo por todas partes su mortalidad y el testimonio de su pecado, el testimonio de que tú siempre te resistes a la soberbia humana. Así pues, no obstante su miseria, ese hombre te quiere alabar. Y tú lo estimulas para que encuentre deleite en tu alabanza; porque **nos creamos para ti y nuestro corazón estará siempre inquieto mientras no descanse en ti.**

Haz pues, Señor, que yo te busque y te invoque; y que te invoque creyendo en ti ... Te invoca mi fe. Esa fe que tú me has dado, que infundiste en mi alma por la humanidad de tu Hijo, por el ministerio de aquél que tú nos enviaste para que nos hablara de ti...

¿Quién me hará reposar en ti, para que vengas a mi corazón y lo embriagues hasta hacerme olvidar mis males y abrazarme a ti?...

Dime pues, Señor, por tu misericordia, quién eres tú para mí. Dile a mi alma: "Yo soy tu salud". Y dímelo en forma que te oiga; ábreme los oídos del corazón, y dime: "Yo soy tu salud". Y corra yo detrás de esa voz, hasta alcanzarte. No escondas de mí tu rostro, y muera yo, si es preciso, para no morir y contemplarlo... **Angosta morada es mi alma; ensánchamela, para que puedas venir a ella. Está en ruinas: repárala...**

(Confesiones de San Agustín, Libro I: Cap 1,1 y 5,1-2)